Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932

EL DIA

Año XLVII N° 2384 Montevideo, 24 de Junio de 1979



Grandes Puertos del Mundo:

HAMBURGO

Celebró en octubre de 1978, sus noventa años de existencia como puerto franco, éste que es uno de los más grandes y de más intenso movimiento comercial y viajero del mundo. En la zona portuaria, de modernísimas instalaciones, ondean en los mástiles de las embarcaciones banderas de todos los países, fondeadas para carga y descarga de mercaderías y pasajeros — (Ver págs. 10-11).

Suplemento Dominical de

EL DIA

Fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932
Directora: Dora Isella RUSSELL
Dep. Legal 31.227/72



Imagen de la Virgen de los Dolores, bajo cuya advocación fue fundado el pueblo del Espinillo, luego trasladado a orillas del río San Salvador.

El Proceso Fundacional de Dolores



El 6 de abril de 1797 quedó constituida en el Partido del Espinillo, jurisdicción de Buenos Aires, la "Hermandad de las benditas Animas del Purgatorio". Su titular era "Nuestra Señora de los Dolores y las Animas".

Fueron sus fundadores Alejo Torres, Inocencio Echeverría, Marcos Vélez, Pedro Fernández, Vicente Pinazo, Vicente Carrera y Ambrosio Alvarez Videla. La constitución de esta Hermandad fue aprobada en Buenos Aires el 25 de agosto de 1798.

Desde setiembre de 1791 era párroco interino de "Nuestra Señora de los Dolores" el presbítero José Francisco Acosta, pero en ese año de 1798 fur sustituido por el Pbro. Dr. José Bonifacio Redruello, designado segundo cura titular del Espinillo.

Solicitada por Redruello la opinión de Francisco de Albín sobre cuál era el mejor lugar para trasladar el pueblo, le contestó dicho comandante que era el Puerto de Juan Gareta, conocido también por Rincón de Aldao.

Al llegar a Buenos Aires la noticia de haberse presentado el cura del Espinillo solicitando se le concediera permiso para mudar la capilla a ese Rincón, el dueño del terreno, Manuel Ferreyra de la Cruz, expuso su oposición ante las autoridades bonaerenses.

Se requirió la opinión del comandante Francisco de Albín y éste reiteró que el lugar del río Uruguay era el más indicado, entre otras razones, porque el sitio donde se encontraba la capilla era un lugar sin agua, ya que la existente procedía de "un arroyo pantanoso y enfermizo".

Clemente López, Alcalde de la Santa Hermandad del Pueblo del Espinillo, jurisdicción de la Colonia del Sacramento, fue del mismo concepto de elegir en la costa del Uruguay el puerto llamado de Juan Gareta.

En julio de 1798 adoptaron igual posición los siguientes vecinos y hacendados del partido del Espinillo: Domingo de Gomensoro, José Antonio de la Cruz, Benito Bivero, Ambrosio Bivero, Félix Rodríguez, Bartolo Garrasino, José Mariano Cañaste, Juan José Tiror, Manuel Gregorio Luques, el Alférez de Milicias Marcos Vélez, Lorenzo Madrid, Andrés Correa, José Antonio Pereyra de Melo, Pedro Fernández, Vicente Pinazo, Diego Ruiz, Inocencio Echeverría, Antonio Illescas, Francisco Soca, Alejo Torres, José María Cañaste, Antonio Alvarez Videla, Antonio Loreto, Manuel de Gardeazábal, Domingo Ruiz Tagle, José Cabo, Luis Fuentes, Raymundo Sainz de Cavia, Juan Vicente Tarrera, Nicolás Armaud, Pedro Sainz de Cavia, Francisco Ruiz y José Luis Peña.

Estos vecinos y hacendados solicitaron ante las autoridades bonaerenses que su Iglesia Parroquial fuera trasladada a cualquiera de las costas del Uruguay o del San Salvador que les circundaban.

En su memorial expresaban que padecían todas las incomodidades que eran consiguientes en una población escasa y mal situada, reducida al corto número de cuatro o seis familias. Agregaban que la Capilla de Nuestra Señora de los Dolores, estaba construida de paja y de adobes crudos en el interior de la costa del río Uruguay y a distancia de más de dos leguas de dicho río, sin más agua "gruesa e inficionada", que la de un arroyo pequeño y pantanoso y sin montes circunvecinos que pudieran proveer de la leña necesaria para el abasto diario, existiendo tantos en toda la extensión de la costa de los ríos Uruguay y San Salvador, cuyas cimas se distinguían hasta donde alcanzaba la vista.

El cura propietario de la Parroquia Rural del Espinillo decía, por su parte, que los vecinos habían designado como lugar más a propósito el puerto llamado de Gareta y que habían recogido limosnas por más de mil pesos con destino a la erección de la nueva iglesia.

EL INFORME DECISIVO DEL COMANDANTE DE LA PLAZA DE LA COLONIA DEL SACRAMENTO

Con fecha 29 de julio de 1799, el Comandante de la Plaza de la Colonia del Sacramento, Agustín de Pineda, presentó un informe que a la postre, motivaría la decisión virreinal sobre el traslado definitivo del pueblo del Espinillo.

Según de Pineda, se hallaban en el Partido 56 estancias y 803 personas, entre adultos y menores, encontrándose más aglomerada la población en la costa del San Salvador hacia las inmediaciones del puerto de Viera y casa de Gomensoro, donde "por lo frondoso y productivo de sus terrenos" existían muchos sembradores de granos.

El lugar, por ser tierras realengas, abundantes de leña y agua; con un puerto existente a una legua aproximadamente de distancia para el tránsito de las embarcaciones del río de la Plata y hallarse a seis o siete leguas más al centro de la Feligresía que el Rincón de Aldao, en su opinión, era preferible para levantar en él la iglesia y fomentar allí alguna población.

Situada la capilla en el Rincón de Aldao, al cura le sería imposible socorrer desde allí a los parroquianos que habitaban en el centro de la parroquia o a mayor distancia. Igualmente a éstos les sería imposible concurrir desde tan lejos a oír misa, mayormente en tiempo de lluvias, no sólo por lo pantanoso de aquél tránsito sino principalmente por la dificultad de atravesar los arroyos.

Levantada en San Salvador, muchos parroquianos de Santo Domingo Soriano que habitaban inmediatos a dicho río podrían concurrir a dicha capilla, pues hallándose distantes de su propia parroquia, rara vez recibían el pasto espiritual.

LA PROVIDENCIA DEL MARQUES DE AVILES

El provisor Eclesiástico Dr. Francisco Tubau y Sala se expidió de acuerdo al mismo criterio el 16 de agosto de 1799 y el Virrey Marqués de Avilés, definitivamente, pocos días después: el 22 de agosto.

Esta fue la decisión del Virrey: **"Resultando de todos los antecedentes comprobada en bastante forma la necesidad y utilidad de la traslación de la Iglesia y Pueblo del Espinillo; y considerando que el lugar más adecuado a este intento es la Costa del Río de San Salvador por hallarse en el centro de Feligresía y en proporción de que los vecinos gocen con más comodidad del pasto espiritual y porque habiendo en aquellos parajes terrenos realengos puede situarse la población con mayores ventajas y sin perjuicio de tercero; vengo a conceder la licencia que pretenden los referidos vecinos para trasladar y situar la iglesia y población del Espinillo a las márgenes del Río de San Salvador en el terreno que designará y delineará el comandante de la Colonia cuidando se observen en lo que fueren adaptables las reglas que prescriben las Leyes de estos Reinos; para todo lo cual, así mismo para que señale ejido proporcionado a la población y solares y terrenos de labor a los vecinos, le confiero la Comisión necesaria con facultad de que si por sus ocupaciones u otro legítimo impedimento no pudiese practicar las diligencias por sí, pueda nombrar persona de inteligencia que las evacue: y al efecto se le comunicará la correspondiente orden con inserción de esta providencia.**

AVILES

LA UBICACION DEFINITIVA

En las solicitudes elevadas al Virrey y al Obispo por el párroco del Espinillo, informaba el Pbro. Dr. José Bonifacio Redruello que el propietario de los terrenos donde debía trasladarse el pueblo era Féliz Ramón Rodríguez, quien estaba dispuesto a permutarlo por otros realengos situados en el Rincón de Cololó y Río Negro.

Sus tierras habían sido ocupadas anteriormente, sin título alguno, por José Salcedo, primer marido de doña María Irene de Alza, que había contraído posteriormente enlace, por segundas nupcias, con Rodríguez. Este había denunciado en 1794 las tierras realengas situadas en el Partido del Espinillo "desde la orilla del río San Salvador hasta la desembocadura de la cañada de Salgado" que le fueron concedidas

luego del primer pregón de la subasta en las puertas del Estanco Real del partido y el último en Buenos Aires. Debió abonar por dichas tierras la cantidad de ciento catorce pesos con tres y medio reales anuales.

El Virrey autorizó la permuta de tierras y la Junta Superior de Real Hacienda celebró el contrato respectivo con Rodríguez, para que las tierras donde debía trasladarse el pueblo volvieran al dominio real. Los trámites finalizaron al comienzo de 1801.

Pero, como lo ha demostrado el Pbro. Ruben A. Irurueta, teniendo en cuenta anotaciones de los primeros libros de Entierros y Bautismos de la Parroquia de Nuestra Señora de los Dolores del Partido del Espinillo, en noviembre de 1800 ya estaba el Presbítero Redruello administrando bautismos en la capilla, situada en la margen izquierda del río San Salvador, a unos 27 kilómetros de su desembocadura.

Asegura José Luis Antuña (hijo) que, en tanto se construía edificación más apropiada, se resolvió habilitar provisoriamente como capilla, un rancho de tierra que existía en el terreno que pertenecía a doña Francisca Lara, en el ángulo Este formado por las calles Dolores y Uruguay. Con el tiempo, la primitiva capilla fue abandonada construyéndose otra nueva donde luego fue erigida la Iglesia Parroquial.

La Patrona del Espinillo, que hoy se venera en la Iglesia de Dolores, tiene sesenta centímetros de alto y su talla es de madera fuerte, para ser vestida. Afirma Antuña, por haber leído en papeles pertenecientes a Lorenzo Madrid, que él, conjuntamente con los vecinos Vélez, Ruiz, Cabo, Prestes y otros, adquirieron en Buenos Aires la imagen para la Capilla del Espinillo, que habría sido traída en la balandra "Nuestra Señora del Carmen", propiedad de Madrid. Otros autores consideran que la imagen de la Virgen es la misma que se encontraba en el Oratorio de Matías Aponte (alias Sarampión).

Cuando el Capitán de Blandengues Jorge Pacheco, inicia desde Paysandú, en febrero de 1801, su expedición contra los charrúas y para establecer la Villa de Nuestra Señora de Belén, llevará entre las familias pobladoras vecinos de los partidos de Colonia, Víboras, Santo Domingo Soriano y sus campañas y también de Espinillo.

A mediados de agosto de ese año, en plena guerra entre españoles y portugueses, unos 25 a 30 bandoleros "cargados de armas de chispa y blancas" asaltaron y robaron el pueblo de las Víboras y la casa de la estancia de Francisco Albín. Una partida enviada por el comandante de Colonia los acometió en el sitio llamado del rodeo y mató a tres, entre ellos al llamado capitán Palomino y capturó a nueve. El cabecilla, Martín Pereyra, alias Curú, fue condenado a muerte por descuartizamiento. A los demás cortaron la cabeza y las manos, que fueron colocadas, para escarmiento, en la entrada y salidas del pueblo de Las Víboras, en las inmediaciones de la estancia de Albín y en los principales caminos desde Colonia hasta Santo Domingo Soriano y la Capilla de Nuestra Señora de Mercedes.

Por precaución, los libros y documentos del Cabildo del Real Pueblo de Santo Domingo Soriano fueron depositados, en custodia, bajo la seguridad de llave, en la Iglesia Parroquial, y se impartió la orden de que las familias campestres bajaran a los poblados más cercanos.

En ese tiempo de sobresaltos, cuando la mayoría de los pobladores habían construído sus viviendas en el nuevo predio, el 22 de setiembre de 1801, día de la Virgen de Nuestras Señora de los Dolores, fue traída su imagen, desde el Espinillo, por el pueblo y sus autoridades civiles y religiosas. La mudanza duró hasta el 12 de octubre. Finalizaba así el proceso fundacional de un pueblo oriental, de muy pocos habitantes en su iniciación —apenas cuatro o seis familias—, que había luchado empecinadamente durante casi treinta años para lograr su establecimiento definitivo, tramitado ante Obispos y los Virreyes, el yucateco Juan José de Vértiz y Salcedo, el Marqués de Loreto, el General Nicolás de Arredondo, el Teniente General Pedro Melo de Portugal y Vellena, el Brigadier Antonio Olaguer y Feliú y el Marqués Gabriel de Avilés.

LOS PRIMEROS VECINOS

Fueron de los primeros vecinos del pueblo, en su nuevo emplazamiento, según José Luis Antuña (hijo), Domingo Gomensoro, padre de Tomás Gomensoro, que ejerciera el Poder Ejecutivo en los años 1872-1873; Lorenzo Madrid; Diego Ruiz; Marcos Vélez; Miguel Prestes, que levantó una de las primeras casas de azotea; doña LFrancisca Lara; doña Eustaquia Correa, abuela de Antonio Bachini, hombre de Estado y maestro de periodistas; Mariano Cañaste y, entre otras las familias de Caballero, Montero, Cabo, Paz, Miñolo, Acosta, Farías, Henestrosa y Viera. El primer ciudadano que desempeñó el cargo de Juez de Paz, fue José Gil Fernández; el primer Alcalde Ordinario, José María Ruiz; el primer Síndico, Eustaquio Cabo; el primer maestro de escuela, Mariano Martínez Helgueta, español.

El Pueblo, al ser trasladado, fue denominado Nuestra Señora de Dolores de San Salvador, pero también fue conocido por San Salvador. En 1815 cuando lo visita Larrañaga, se llamaba así, pero tres lustros después, al jurarse la Constitución, es denominado oficialmente Pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, del partido del Espinillo. En 1901, Orestes Araújo lo registra indistintamente en su "Diccionario Geográfico del Uruguay" como villa de San Salvador o Dolores, pero incurre en el error —siguiendo a Domingo Ordoña— de considerar que en su iniciación fue una reducción indígena.

Finalizamos este trabajo de investigación histórica con dos conocidas visiones del pueblo de San Salvador, que en diciembre de 1813 estará representado por Leonardo Fernández en el Congreso reunido en la Capilla de Maciel, en el que intervinieron delegados por los 23 pueblos que componían la Provincia Oriental.

SAN SALVADOR EN LOS DIAS DE LA VISITA DE LARRAÑAGA

Al prebístero Dámaso Antonio Larrañaga pertenece esta noticia de San Salvador, al que llegara el 18 de junio de 1815, de regreso de su viaje de Paysandú.

"El Pueblo es pequeño, de unas 20 familias, todo él de ranchos de Paja pero con cerco formando calle a cordel: hay ya un horno para ladrillo y principian a construirse casas de este material. La Iglesia es también de paja de unas 16 varas, enlucida y blanqueada por dentro. No tiene sino un altar con un gran nicho en que está la Patrona que es una Dolorosa de dos pies de alto y de muy buena escultura. Todo está en el mayor aseo."



Mapa que publicó Félix de Azara en su obra "Voyages dans L'Amérique Méridional" (París, 1809). Incluye la Capilla nueva del Espinillo, "fundada en 1799" y el lugar donde se encontraba la Capilla vieja.

"...Los vecinos se quejaban de los trabajos que habían sufrido en las repetidas mudanzas del Pueblo, que ya llevaba cuatro. La primera sobre el Espinillo; la segunda sobre el Uruguay entre éste y el Espinillo; la tercera otra vez en el Espinillo; y la cuarta por último donde hoy está sobre San Salvador, hace 13 años; pero que el lugar más a propósito es el Uruguay, por la mejor agua, leña, pescado en abundancia, etc., y que por intereses particulares sostenidos por un Asesor del antiguo Gobierno se les había desalojado a pesar de mil fundadas representaciones de unas claras ventajas al Estado."

Por las declaraciones de los vecinos, se infiere que continuaban añorando el Rincón de Aldao.

Larrañaga visitó también el puerto de San Salvador que distaba unas quince cuadras del pueblo. Allí se encontraba amarrada a la costa una balandra procedente de Buenos Aires.

UN TESTIMONIO FRANCES DE 1820

Ese observador tan perspicaz que fue Auguste de Saint-Hilaire, miembro de la Academia de Ciencias de París, nos ha dejado en su obra "Voyage a Rio Grande do Sul" este panorama de lo que viera en San Salvador, en oportunidad de visitarlo en la segunda quincena de diciembre de 1820.

"El pueblo de San Salvador está situado en terreno llano y se compone de pequeñas chozas, bajas, separadas las unas de las otras, pero en mejor estado que las del pueblo de las Víboras. Están igualmente contruídas de barro y el techo se prolonga, más que las paredes para dar sombra a las casas. La iglesia parroquial es estrecha, extremadamente baja y cubierta de paja. Hay también en este pueblo una gran cantidad de pulperías, una de las cuales, muy bien surtida, pertenece a un genovés."

En un trabajo anterior dimos a conocer los nombres de los pulperos establecidos en San Salvador, en 1821: Ramón Pajés, Juan José Jesús, Pedro Dubroca, Esteban Sorreta, Luys Chousiño, Manuel Tupi, José Olivenza, Bartolo José, Jorge Ferrer, Jaime Picornet y Juan Arquimbao.

En la época, los barcos venían de Buenos Aires a San Salvador para cargar madera. El comercio regional se limitaba a esa actividad, al haber sido destruidos los ganados durante la guerra pasada.

Saint-Hillaire visitó también la casa del recaudador de impuestos de San Sälvador, situada a media legua del pueblo, una choza construída como todas las del país. Isidoro Mentaste, que así se llamaba el recaudador, poseía un rebaño de ovinos. Se consideraba muy feliz, por que no se lo habían requisado ni portugueses ni orientales. Tenía por lo menos algo para comer, mientras que sus vecinos —acota Saint-Hillaire— o se morían de hambre o para subsistir tenían que sacrificar los pocos animales que les quedaban.

Hoy, la ciudad de Dolores, llamada el Granero de la República, expone una fuerza productora de elevado potencial; desde sus tan modestos orígenes, asomada a la gracia del río legendario, se eleva hacia el porvenir, empeñosa y eterna.

Aníbal BARRIOS PINTOS

Especial para EL DIA

FUENTES

11) A. G. de la N. A. — División Gobierno — Justicia — 1797-1798 — Legajo N° 38 — Expediente N° 1120.

12) A. G. de la N. A. — División Colonia — Sección Gobierno — Justicia — 1797-1798 — Legajo N° 38 — Expediente N° 1126.

13) ANTUÑA, José Luis (hijo) — Villa de Dolores — Noticia sobre su fundación en 1801, Mercedes, 1901.

14) IRURETA, Ruben A. — La Iglesia de Dolores — Su historia, en Revista de "El Tiempo", de Mercedes — En el cientocincuenta aniversario de la Fundación de Dolores, 1801-1951.

15) PEREDA, Setembrino E. — El Belén Uruguayo Histórico (1801-1840), Montevideo, 1923, pág. 26.

16) TELEGRAFO MERCANTIL — Rural, Político, Económico e Historiógrafo — Buenos Aires, 22 de agosto, 2 de setiembre y 13 de diciembre / LOCKHART, Washington — El porqué de la mudanza en 1801, en "Revista de Dolores" — en el 175 aniversario de la fundación definitiva" — 1801-22 de Setiembre — 1976 / A. G. de la N. — Libro N° 68 del exArchivo General Administrativo (Libro 2° del Cabildo de Soriano, 1796 a 1827),fs. 54 y 54 v.

17) HIRSCHY SOSA, M. E. — IRURETA, R. A. — El Espinillo y Dolores — Investigación histórica sobre su vida religiosa, 1952, pág. 24.

18) ANTUÑA, José Luis (hijo), Ob. cit,

19) ORDOÑANA, Domingo — Conferencias sociales y económicas de la República Oriental del Uruguay con relación a su historia política, Montevideo, 1883, pág. 59.

20) ARCHIVO ARTIGAS, tomo undécimo, Montevideo, 1974, pág. 231, 232, 236 y 264.

21) LARRAÑAGA, Dámaso Antonio — Escritos de..., tomo III. Montevideo, 1924, págs. 75-77.

22) ANALES HISTORICOS DE MONTEVIDEO, tomo IV, Montevideo, 1961-1962, págs., 450-452.

23) BARRIOS PINTOS, Aníbal — Pulperías de la Cisplatina, en "Boletín Histórico" del Estado Mayor General del Ejército N° 98-99, Montevideo, 1964 y separata. Ha llegado también a nuestro conocimiento, que en 1872 Santiago Cañaste tenía una pulpería y una cancha en el Pueblo del Espinillo. (A. G. de la N. A. — División Colonia — Sección Gobierno — Justicia — 1782 — Legajo N° 11 Expediente 249).

Véase también: 1801-1901 — La Patrona de Dolores, imagen centenaria, setiembre 22, Mercedes.

Villa de Dolores; noticia sobre su fundación en 1801 — Editado por la Comisión E. Auxiliar, Mercedes, 1901.

CARDOZO BROVETTO, Eduardo — "Dolores en su cuento cincuenta aniversario" — Apuntes para su historia, 1801-1951.

1801 — 22 de Setiembre — 1976 — Dolores desde su pasado, en su presente y hacia el porvenir — Adhesión del periódico Irupé en los 175 años de la fundación de la ciudad de Dolores.



Paisaje de la penísula doloreña Timoteo Ramospé.



Panorama del puerto de Dolores, llamada Capital del Trigo por ser una de las zonas del Uruguay que destina mayor porcentaje de tierras a su cultivo. (Fotografías por gentileza de la poetisa doloreña Iris de López Crespo).

Era la "madama" del pago largo. Y del tiempo, que era más largo que el pago. Cabeza redondísima la suya, de motas menudas, sostenida por un cuello fino y lustroso. Entre aquel higo de tuna aparecía, de vez en cuando, una cinta colorada. Esa brasa avivaba el carbón y entonces Fausta ardía de contenta. Festiva. Alegre. Comadrona. Siempre se ponía ese churrinche sobre el moterío, como anuncio de algún parto cercano. —Fumaba negro. Se pasaba horas "domando" chalas con el lomo del cuchillo. —Ya en los primeros síntomas de la parturienta, se ubicaba en el rancho; disponía de las casas y de las horas y comenzaba con sus tragos de caña. "Me da otro ánimo y más fuerza y disposición y en buena hora los diga, no se me ha muerto ningún gurí y mire que he dao gurises a este mundo!!", —agregaba después de cada sorbo. Conocía su oficio. Prolija. Cuidadosa. Alentadora. —Acondicionaba todo lo que el acto requería. Sobre un fuego hervían dos gallinas; "es necesario un buen caldo pa la doña", —agregaba; en otro brasero se hacía lentamente un chocolate, "pa la gente que pueda venir y pal padre de la criatura, que bien se lo merece, el pobre", —decía su zalamería. —Y en un latón con agua hervida y tibia, para el que andaba por llegar. —Entre trago y trago, un halago; con ese caramelo endulzaba el ambiente y le daba fuerzas a la madre.

Llegaba el momento. "No me desperdicies juerza, m'hija". Era su mandato firme y cariñoso. Zozobra. Espera. Inquietud. Palabras sofocadas y los primeros vagidos del cachorro después de las palmadas entre risas nerviosas de Fausta. El churrinche abría sus alas para aplaudir el advenimiento. El latón recibía al recién nacido y hasta el chocolate hervía de contento. Y después, ya casi en una cascada de risa blanca, "¿no les decía?; chancletita tenía que ser, por hacerse esperar". —Y mientras vestía de rosado a la criatura, con picardía y halago, en voz apagada, la frase de rigor en todos los casos: "igualita al padre!!!".

Ya sobre una tarde que iba haciendo correr la sombra de la enramada, descansando del trajín, con las manos apoyadas sobre las rodillas, conversaba con la lejanía de los años: "fue con mucha felicidá todo; menos mal!!!; venía bien, pero un parto siempre es un parto; lo bravo es cuando se presenta de nalgas o de hombros... y así mismo, no les tengo miedo; ya una está tan baquiana que parece que hasta antes de nacer los pichones me conocieran; hay madres muy majaderas; tienen "un no sé qué", que no la dejan trabajar a una tranquila, pero esta muchacha es especial y eso que es primeriza".

Los asistentes la oían con religiosa atención. Admiraban sus palabras y su baquía. La tarde iba cayendo con serenidad y quietud. Sobre un cielo limpio cruzaban los últimos vuelos de retorno. Eran alas, nomás; los cuervos trazan cruces oscuras en el aire. La negra Fausta, ya con el churrinche casi dormido sobre su cabeza, hablaba entre una nebulosa de cansancio y caña. Conversaba para ella. Pitaba. En cada humada se iba un suspiro. Desde adentro del rancho llegaba el llanto del recién nacido. Uno de la rueda, apoyándose sobre el barril del agua, como para tomar coraje, la interrumpió admirativamente: "mire que usté sabe cosas infinitas, doña!!!; nos ha dejado pasmaos..."

—Es la vida, m'hijo!!!

—Pero qué vida!; debe ser lindo ser tan útil y casi madre de tantos...

—Sí, es la verdá..., en muchas ocasiones he sido madre...

—Y cómo le dio por este oficio?

—Ah!!!, es largo de contar el cuento!!!

Se hizo una pausa. Cambió de postura y prosiguió su relato, entrecortada la voz por golpes de tos que salían después de cada pitada. La atención y la curiosidad apretaban a los presentes...

Fausta siguió con su charla como si estuviese sola: "es una gran verdad lo que este muchacho me apuntó; en muchos casos me he sentido madre, pero... pero..."

El humo la hizo toser nuevamente y conversándole siempre a la distancia, como confesándose al atardecer que ya se oscurecía, siguió con pena honda: "pero... ya ni me acuerdo por dónde iba; esta



La Negra Fausta

memoria mía, a veces se nubla pa no hacerme llorar''. Un trago la repuso y volvió al camino del ''pero'': ''sí, sí, es así; una vez fui madre de veras; hace mucho tiempo... allá, ya ni me quiero acordar en qué pago fue... una gurisa de poquitos años andaba por desocuparse; solita, la pobre infeliz, en una desesperación de dolor y llanto; y la ayudé a tener el hijo; nunca había hecho un parto, pero de comedida y porque había necesidá, la asistí y de ahí para adelante, me fui animando para serle útil a la gente; era mi deber''

La mudez se profundizaba. La negra Fausta se cruzó de piernas, entonó su voz fortalecida por la atención de la rueda para después seguir recordando; algunos se miraban extrañados y otros se comprendían por guiñadas... ''pues sí, señor..., con que asistí, como les decía, a la muchacha; todo salió bien; nació el gurí y yo me hice cargo de él y de la madre y fui su madre... Ya lo ven ustedes: a veces la soledad abandona a la gente como que fueran tarecos viejos...; es una picardía, pero es así. Cuidadito con la desgracia cuando hace llaga adentro!!!; fui madre y después que los crié, porque la madre también era una gurisa chica, nunca más supe de ellos..., vaya uno a saber!!!; fueron los únicos ''hijos'' de esta negra vieja...''.

Ya la noche estaba pespunteada de grillos y la enramada volvió a ser cuadrado de sombra en la noche clara. El día se había cerrado alegre, con risas, con llanto de niño nuevo. Sobre ese capullo libaban las miradas complacidas. Se saboreaba un caldo de gallina casera y el padre, henchido de gozo, se paseaba con orgullo, atento y agradecido. El relato lento y hondo de la negra Fausta había hecho pensar. Esa calma volvía más calmosa la paz de la noche. Las palabras eran pronunciadas en tono menor. Serenidad. Placidez. Respeto. La noche fue cerrando sus pétalos y acallando las voces. La madre y su niño dormían. Quietud. Descanso. Reposo. Silencio...

Una mañana, cuando se requerían, de urgencia, los servicios de Fausta, la encontraron muerta. Serenamente muerta sobre su camita humilde. Ya no abría sus alas el churrinche ni levantaba su cresta la brasa sobre su cabeza; solamente algunas hebras, como resortes grises, se torneaban entre las motas quietas. Los pagos se juntaron para llorar su dolor, gran elocuente que habla a las soledades y al misterio.

Allí estaban frente a ella, hombres y mujeres; grandes y chicos; llanto y asombro. Desamparo. Pena. Voces ahogadas. Flores humildes con color y perfume de jardines pobres...

Se realizó el entierro. Un camino de angustia seguía el cortejo. Acudió un silencio doloroso empujado por llantos que se contenían en los pañuelos. Abatimiento. Dolor. Aflicción. Duelo...

Sobre su tumba de tierra fresca y gredosa, quedó una cruz en cuyos escuálidos brazos abiertos, apensa se leía:

''Mama Fausta''.

Angel María LUNA

(Especial para EL DIA)
Ilustró: E. Vernazza.



Cabeza en mármol de Victoria Ocampo que realizó, hacia 1925, un escultor alemán. En su quinta de San Isidro, ella -para divertirse- solía adornarla con alguna vetusta capelina.

Homenaje Póstumo a Victoria Ocampo

Conocí a Victoria Ocampo, a fines de 1955, en la vieja casa de la calle San Martín donde funcionaba la redacción de Sur, a la vez revista y editorial. Me encomendó la traducción de un libro que deseaba incorporar a la nómina de obras publicadas: Leonardo como filósofo, de Karl Jaspers. Conversamos sobre mis estudios en la Facultad de Filosofía y Letras, adonde me había graduado, en 1943. También ella poseía felices recuerdos de su paso, circunstancial, por la querida institución de la calle Viamonte, en la misma sede de la Universidad. Hablamos de los profesores que integraron el jurado para mi examen de tesis doctoral: Ricardo Rojas, Angel J. Battistessa, José A. Oría, Rafael Alberto Arrieta y José León Pagano. Toda una pléyade de auténticos valores.

Volví a verla en abril de 1956, poco después de haberse publicado el ensayo de Jaspers, que traduje. Conformes con la tarea, pergeñamos futuras colaboraciones. Posteriormente —aunque no con demasiada frecuencia— seguiríamos viéndonos.

Ahora que Victoria Ocampo ya no existe, comprendo, más que nunca, la importancia de su ejemplo. Jorge Luis Borges, que fue uno de sus amigos, comentaría, al morir su protectora: "Casi puedo escribir que hoy tiene principio nuestra callada y verdadera amistad". Querría poder atribuirme esta aguda reflexión del poeta.

GENIO Y FIGURA

Recuerdo a Victoria Ocampo, en sus sesenta y cinco años, como una mujer llena de vida y temperamento. Los rasgos, firmes; la expresión, austera; una mirada inteligente y el carácter vigoroso que oscilaba entre antípodas: exuberante y sobrio, intransigente y comprensivo.

Ernesto Sábato decía, en recienta nota, que Victoria Ocampo —"terca y egocéntrica"— "actuaba muchas veces de manera autoritaria; era extremadamente susceptible e incurría en el orgullo y hasta en la soberbia". Pero, se preguntaba el escritor: "¿Y qué? Es muy difícil tener una personalidad grande y defectos chiquititos".

Confirmarían esta opinión de Sábato, algunas declaraciones periodísticas del profesor Enrique Pezzoni: "A lo largo de treinta años, he presenciado, he protagonizado, he padecido esas mismas oscilaciones entre los arrebatos de cólera y las argucias irresistibles de la seducción. Nunca pude perder mi capacidad de asombro ante sus salidas wagnerianas de un cuarto, después del estallido, y los portazos cataclísmicos que subrayaban sus mutis".

Para Roger Caillois, el escritor francés fallecido poco antes que ella, Victoria Ocampo consituía un modelo de generosidad. Se brindaba sin retaceos, fervorosamente; pero también sabía permanecer al margen de todo cuanto resultase ajeno a sus propias experiencias.

Dotada de un preciso rigor lógico, era capaz de discernir —en materia estética— los auténticos valores y de separar lo bueno de lo malo, con prodigiosa exactitud. Sabía reconocer las virtudes de un escrito literario, de una obra musical, de un cuadro y de un tapiz. Amaba a los árboles, a las plantas y a las flores, cuyos nombres conocía muy bien: así, desde los plátanos, tipas, magnolias y jacarandáes que engalanaban el jardín de su quinta, en San Isidro, hasta los perfumados arbustos de madreselva, junto a los lirios salvajes; los macizos de hortensias azules, la trepadora Santa Rita, los jazmines del Cabo y los celestes, pequeñitos; las simples achiras, los tupidos cañaverales, el fragante heliotropo.

Cuando murió, el 27 de enero de 1979, a un paso de cumplir los 89 años, dejó atrás un conjunto de tristes amigos, a los cuales —por esconder el doloroso mal que la tenía postrada— no quiso seguir recibiendo en su casa. Pero continuaba escribiéndoles. Las últimas cartas, mecanografiadas, acusan la presencia de un gentil intermediario: alguien que recogía, al dictado, sus palabras de despedida. Manuel Mujica Láinez cuenta que recibió, en su actual refugio serrano de Córdoba, uno de esos cálidos mensajes, siempre en papel azul, fechado el 7 de diciembre de 1978, pocas semanas antes del fallecimiento.

TRAYECTORIA DE "SUR"

Quienes colaboramos con ella en esa magna empresa —fundamentalmente lírica— que fue Sur, con su flecha recta apuntando hacia abajo y sus ideales puestos arriba, en un sugestivo norte de perfectibilidad, recordamos con cariño aquellas horas transcurridas. Se trate de Borges o de Bioy Casares, de Silvina Ocampo, María Rosa Oliver, Pedro Henríquez Ureña o Alberto Girri, todos vivieron allí momentos de intenso trabajo, pero también de dicha. Algunos, como Pepe Bianco, jefe de redacción desde julio de 1938, narraría luego la forma libre, sin cortapisas, como cumplía sus funciones.

Otro escritor allegado de contínuo a la revista fue Alberto M. Salas, para quien la misión desarrollada por esa publicación —y, paralelamente, por la edito-

…nal homónima— resultó "de capital importancia para la evolución cultural argentina".

Sur nació en el verano de 1931 y tuvo, sucesivamente, como jefes de redacción, a dos grandes figuras intelectuales: el argentino Eduardo Mallea y el español Guillermo de Torre. "No hubo extranjero de valor —dijo Alicia Jurado en una conferencia pronunciada en la Federación Argentina de Mujeres Universitarias, cuyo texto reprodujo La Prensa de Buenos Aires (12 de febrero de 1978)— que no se hiciese conocer desde sus páginas; no hubo argentino de mérito que no colaborase alguna vez en ellas". Y agregó: "En Sur hubo esa doble corriente, ese fértil intercambio: del mundo y de sus diversas manifestaciones culturales, le llegaba lo más notable y, a la vez, enviaba al mundo lo mejor que podía ofrecer la Argentina en la poesía, el cuento, el ensayo, el comentario, la crónica, la bibliografía". La revista dedicó un número entero a la mujer, oportunidad en la cual colaboraron prestigiosas escritoras de todo el orbe.

Más tarde, la Secretaría estuvo a cargo de Fryda Schultz de Mantovani, espíritu selecto cuya obra poética —talentosa y sensible— alcanzó a tener particular relieve. Después de su muerte, ocuparía ese puesto María Renée Cura, para quien trabajar allí significó un auténtico privilegio.

LABOR EN EL FONDO DE LAS ARTES

Durante quince años, desde 1958 hasta 1973, Victoria Ocampo fue miembro del Directorio del Fondo Nacional de las Artes y presidió su Comité de Letras. Supo organizar la colección Obras maestras de la literatura universal, para difundir, entre el público de habla hispana, los mejores libros, en caso necesario, a través de cuidadas traducciones. La serie, iniciada con el **Moby Dick** del novelista norteamericano Herman Melville, llegó a su término con la versión de la **Divina Comedia**, hecha por Angel J. Battistessa.

El Fondo Nacional de las artes adquirió, además, por iniciativa de Victoria Ocampo, algunos importantes manuscritos de Ricardo Guiraldes, preocupándose por editar trabajos literarios de autores argentinos. La presidente del Comité de Letras asistía, puntual y asiduamente, a las reuniones de directorio y, según declaraciones de Viviano Parravicini, secretario de la entidad, "cuando no funcionaba el ascensor, subía los nueve pisos con toda gallardía". Por aquella época, había cumplido ya, holgadamente, los ochenta años.

La mencionada institución patrocinó, también, el espectáculo, de luz y sonido, realizado en la quinta Pueyrredón con el título "Habla el algarrobo", en cuyo libreto —escrito por Victoria Ocampo— se conjugaban sugestivas imágenes sobre la historia de un relevante pasado.



La escritora argentina, en 1965.

LA ESCRITORA Y SUS "TESTIMONIOS"

Cuenta Germán Arciniegas que, cuando Ortega y Gasset publicó, en la **Revista de Occidente**, el primer trabajo literario de Victoria Ocampo —un ensayo sobre la Divina Comedia, titulado **De Francesca a Beatrice**—, "se supo que había surgido una gran escritora". Siguieron, posteriormente, otros ensayos, hasta culminar en la serie de volúmenes denominados **Testimonios**. Recorrer las páginas de estas crónicas, que alguien calificó como un "nuevo género literario", significa penetrar en un mundo de vivencias personalísimas, cuyo centro es la propia escritora, en relación —siempre diversa— con los seres y cosas circundantes. Por su forma, más que un monólogo, los **Testimonios** parecerían un diálogo entre quien los redacta y sus amigos, a veces extranjeros tan ilustres como Paul Valéry, Gabriela Mistral, Le Corbusier, Graham Greene, André Malraux, Virginia Woolf, Lawrence Olivier, Federico García Lorca, Lanza del Vasto, Alfonso Reyes, Indira Gandhi, Aldous Huxley, Igor Stravinsky, Pedro Figari, José Ortega y Gasset, Albert Camus, Maurice Ravel, Roger Caillois, Rabindranath Tagore, Waldo Frank, Ramón Gómez de la Serna y otros. En algunos casos, Victoria Ocampo tradujo al castellano obras valiosas de los citados intelectuales.

Fue la primera mujer que pasó a ser miembro de la Academia Argentina de Letras. En oportunidad de su incorporación, dijo —en tono irónico— que era "una autodidacta, francotiradora en el reino de las letras". Y al excusarse por no asistir, en igual fecha, a una comida del PEN Club, en su homenaje, le pidió por escrito a Alicia Jurado que explicara a sus colegas los motivos por los cuales había aceptado tal designación: además de sentirse honrada, quería abrir un camino vedado, hasta entonces, a las mujeres.

Enrique Anderson Imbert sostuvo, en su **Historia de la literatura hispanoamericana**, que "los ensayos de Victoria casi no son otra cosa que crónicas de su espíritu al acercarse a otros, dentro de una hermandad de conciencias libres y fecundas" (op. cit., tomo II, pág. 146).

EL "DIALOGO DE LAS CULTURAS"

En una de su últimas entregas (junio, de 1978) la revista Sur, ahora semestral, resumía el coloquio que, bajo el título **Diálogo de las culturas**, se llevó a cabo en la vieja casona familiar de los Ocampo, donada por iniciativa de Victoria, en 1973, a la Unesco. Silvina Ocampo dio forma, en 1941, a las compartidas añoranzas juveniles vividas en aquel sitio tan querido, a través de un poema que dedicó a su hermana. Comienza así:

Quinta de San Isidro, en tus pacientes
barrancas para siempre yo habré amado
las mareas, las cicas, los tridentes,
la malva, el quitasol artesonado,
el sedante abanico, el gana-pierde,
también el niño pobre y la hoja verde.

Con motivo de la reunión internacional, asistieron funcionarios venidos desde lo confines más distantes, entre los cuales el japonés Tadao Takemoto, el colombiano Germán Arciniegas, el sociólogo español Francisco de Ayala —en representación de los EE.UU.—, el alemán Manfred von Keyserling, el libanés Salah Stetié, el escritor Allhudin Bammate, procedente de Afganistán; Alionne Diop, llegado desde Senegal, y varios escritores argentinos: Angel J. Battistessa, Víctor Massuh, Sebastián Soler, Adolfo de Obieta, el sacerdote Ismael Quiles S. J., Eugenio Pucciarelli y otros, además de la propia Victoria Ocampo, como gentil promotora de tan importante asamblea.

Fue ésta una de las últimas oportunidades en que pudo vérsela públicamente. Sobreponiéndose a los dolores que la aquejaban, quiso reiterar, en nombre de la cultura de su país, la hospitalaria bienvenida que tantas veces supo brindar a los intelectuales de todo el mundo.

Jorge Oscar **PICKENHAYN**

(Especial para EL DIA)

Mirador

García Peña

De los años que lleva de existir Colombia, más de la tercera parte han sido años de "El Tiempo". Ningún otro diario de la capital lo iguala, ni ha tenido tanta influencia. Se inició en 1911 y durante medio siglo Roberto García-Peña ha sido su director. Así, Colombia ha celebrado estas bodas de oro con el periódico de un colombiano excepcional, por cuanto sólo ha vivido para ser periodista. En esto, su destino se confunde con una vocación colombiana.

Si hay república en Nuestra América de la cual pueda decirse que tuvo cuna de papel, esa república es colombia. La fundó Bolívar, en Angostura, con el "Correo del Orinoco" y por esto podría decirse del alto relieve de David D'Angers en el pedestal de la estatua de Gutemberg donde figura Bolívar imprimiendo "El Correo", que lo que aparece allí es el nacimiento de Colombia. Para una república civil, ese era el símbolo. Así lo entendió el nuevo estado, en donde casi no hay figura de importancia que no haya sido periodista. La historia nacional es la de sus periódicos, está en sus periódicos. Cuando la prensa es libre, está Colombia hablando. Cuando se la amordaza, la historia entra en clandestinidad.

"El Tiempo" ha sido un diario republicano y liberal. Cuando Eduardo Santos llamó a la dirección a García-Peña, supo escoger a un centinela irreductible de las libertades que son consubstanciales a un diario independiente. El romántico impulso del "Correo del Orinoco" lo ha heredado la prensa libre de Colombia, y así la voz de "El Tiempo" ha sido la de la Independencia, cuya defensa sigue siendo necesaria. Sin que hayan disminuido los riesgos de la aventura. Hoy, como en 1818, hay que tener el sentido de lo heroico y lo romántico para rechazar los despotismos, y así, el diario puesto bajo la custodia de García-Peña, ha tenido que resistir, padecer, renacer. Censurado, suspendido, incendiado llegó a escribirse entre cenizas y escombros. Si hoy lo vemos pujante y mañanero es porque con él sobrevive la República.

Eduardo Santos y García-Peña vienen de las montañas de Santander en donde la llamarada de la Independencia se prendió cuarenta años antes de que en Santa Fe de Bogotá se diera el grito. Bogotá recogió la herencia de los Comuneros... Más aun: Santos y García-Peña nacieron en la misma tierra de Francisco de Paula Santander, organizador de la República, de quien heredaron la pasión civil. En los dos vibró el espíritu de la república española, en lo que esta tuvo de más pura e ideal. Ese fondo poético que semanalmente vibra en el Rastro de los Hechos del director de "El Tiempo" hay que registrarlo como el ingrediente consubstancial a una empresa que no surgió de un frío cálculo sino como creación llena de fe, de dignidad, al estilo romántico. Los ojos de García-Peña se vuelven con frecuencia a Antonio Machado, el de "Hora de España", periódico que fue lámpara encendida en medio de tinieblas y barbarie cuando la "guerra civil". Y quien habló más bellamente al levantarse en tierra francesa, donde murió, el monumento a Machado, fue el colombiano Eduardo Santos.

Lo de "El Tiempo" de Santos y García-Peña es simbólico. Mientras el periódico de nuestra América sea irreductiblemente libre, profese el espíritu liberal de la independencia y sea romántico hasta la prueba de fuego del heroismo, las defensas morales de esta tierra serán inexpugnables. Se podrá renacer de entre las cenizas y pensar en la defensa del derecho, de la justicia, de los desposeídos, de la República... sin alaridos ni bajezas indignas del periodista romántico.

Germán **ARCINIEGAS**

(Exclusivo para EL DIA).

El Puerto

Paseo Abierto

El Puerto ha abierto nuevamente sus portones.

Los domingos se vuelca un mundo de gente. Es un paseo querido por los montevideanos.

Los infaltables pescadores desde sus muelles tientan fortuna sabiendo que las aguas no son propicias... pero pasar la tarde con el mate y la caña con reel, invita a los recalcitrantes y pacientes a saborear el aire salado y el sol a plomo.

Los paseantes con sus familias y sobre todo los niños, van dialogando, los pequeños no se cansan de preguntar.

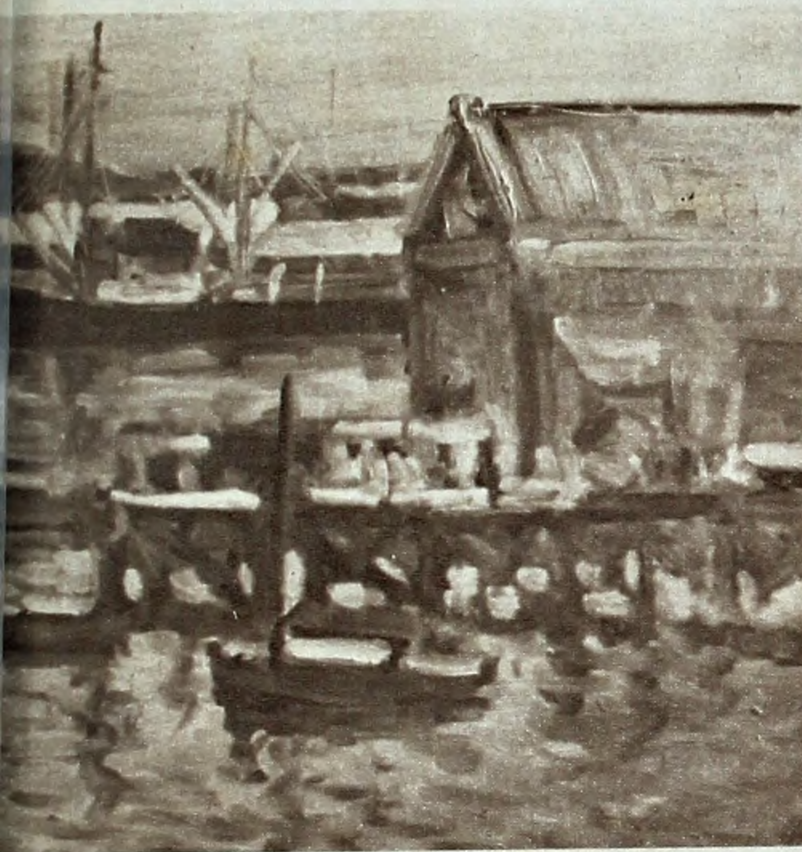
Les contesta tal vez algún alarde de un viaje que pone una aureola más en la mente fresca del hijo, siempre atento a creer ante la magestad de esas flotantes ciudades. O los menos lúcidos, pero que poseen el lastre de los años y ponen otra faceta al murmullo del puerto. El remolcador, con su sirena aguda y allá lejos, los grandes barcos de carga que esperan amarrar.

Todo extiende la vista y el espíritú. Es un día de fiesta y de sol, o de niebla y nostalgia. Pero es el Puerto. Y a él nunca se llega sin algo que descubrir, sin alguna ilusión posible, que se distrae entre el mástil más elevado y las gaviotas que circulan en una danza que el viento ritma.

E. V.

(Dibujos de E. Vernazza)
(Especial para EL DIA)













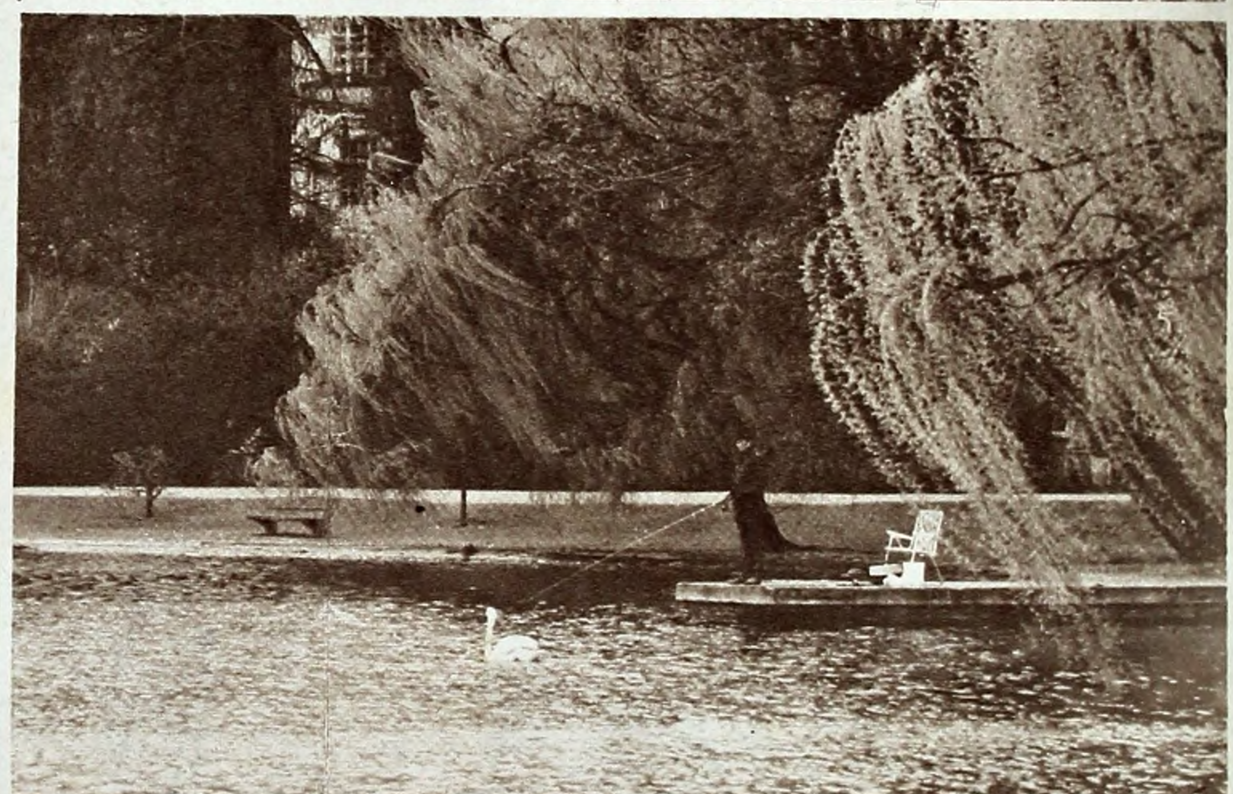








En las travesías por fleeten y canales Hamburgo muestra su lado histórico y su zona verde. La vieja ciudad de almacenes (abajo iz.) es hoy más que vieja nostalgia. Las bodegas, con temperatura óptima, siguen funcionando. Cerca del Ayuntamiento, el Nikolaifleet con las casas de la Deichstrasse (arriba). Se realizan importantes trabajos de conservación de estas casas del XVII. La travesía de los fleeten es un viaje por la Historia de Hamburgo.









La ópera municipal de Hamburgo en 1678



El »Stadt-Theater«

VIA HAMBURG — Edición en español 1979. 34 págs. (Cortesía de la Embajada de la Rep. Federal de Alemania.

Editada anualmente en tres idiomas, esta publicación ofrece una selección de los reportajes y noticias de más importancia de la revista "Vía Hamburg", que aparece en Alemania cuatro veces al año. Impecable en su presentación y diagramación, tiene la singularidad de resumir con ágiles enfoques, aquellos temas que el lector de nuestra lengua encontrará de verdadero interés, amenizados con fotos y dibujos de hermoso atractivo gráfico. Visualmente llamativa, los textos acompañan en forma amplia, muchos tópicos, en poco espacio: exposiciones de arte, noticias filatélicas, volumen de inversiones en el extranjero, centenario de un dulce poeta vivo, Hermann Claudius, construcción de hélices marinas gigantescas, Hamburgo como centro continental del comercio de té, informaciones sobre experimentos técnicos de trascendencia, aspectos dignos de subrayarse a través de los trescientos años de fundación de la Opera de Hamburgo, el vuelo a vela como deporte, el "himno nacional" de Hamburgo, noticias sobre caricaturistas y humoristas alemanes, las relaciones entre Hamburgo y Japón y entre Hamburgo y Marsella, son todos buenos motivos de lectura e información. Nos atrae en particular un artículo, "Crucero tras hileras de casas", que narra la serena y pintoresca travesía por los canales de la "Venecia del Norte", viaje



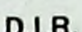


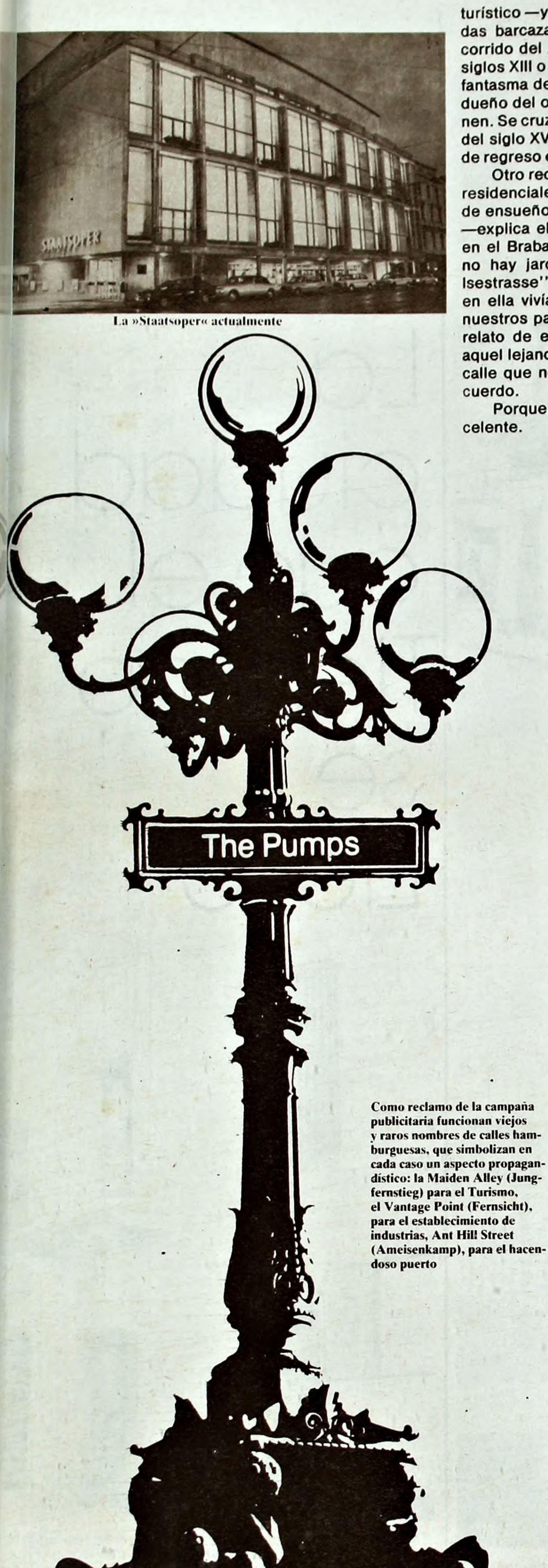
turístico —y de los mismos hamburgueses— en plácidas barcazas que atracan en Jungfernstieg. El recorrido del Alster deja ver lugares históricos, de los siglos XIII o XIV, esclusas, puentes. Más allá surge el fantasma de un pirata decapitado en 1402, que era el dueño del oro de la corona de la torre de St. Katharinen. Se cruza entre las fachadas posteriores de casas del siglo XVII. Al cabo de dos horas y media, se está de regreso en Jungfernstieg.

Otro recorrido lleva por los canales entre jardines residenciales y calles elegantes. "A las orillas, villas de ensueño y casetas de aficionados a la jardinería" —explica el patrón del barco. "De modo semejante en el Brabandkanal, y mucho más feudales, porque no hay jardines para aficionados, en el canal de Isestrasse". La mención de esta calle nos conmueve: en ella vivían nuestros abuelos, en ella se casaron nuestros padres. Por eso hèmos leído con avidez el relato de este paseo, buscando descubrir algo de aquel lejano mundo perdido. Bastó el nombre de una calle que no conocemos, para detenernos en el recuerdo.

Porque, aparte de todo eso, la publicación es excelente.

D.I.R.

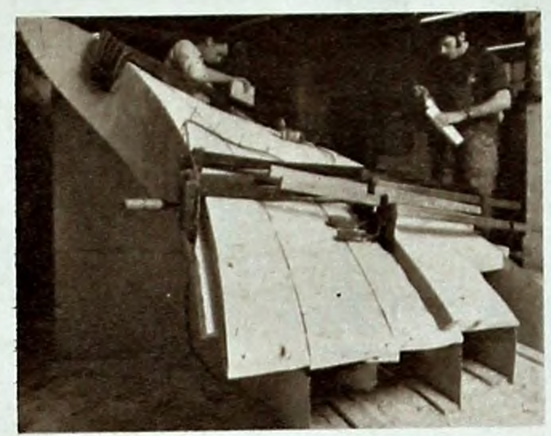


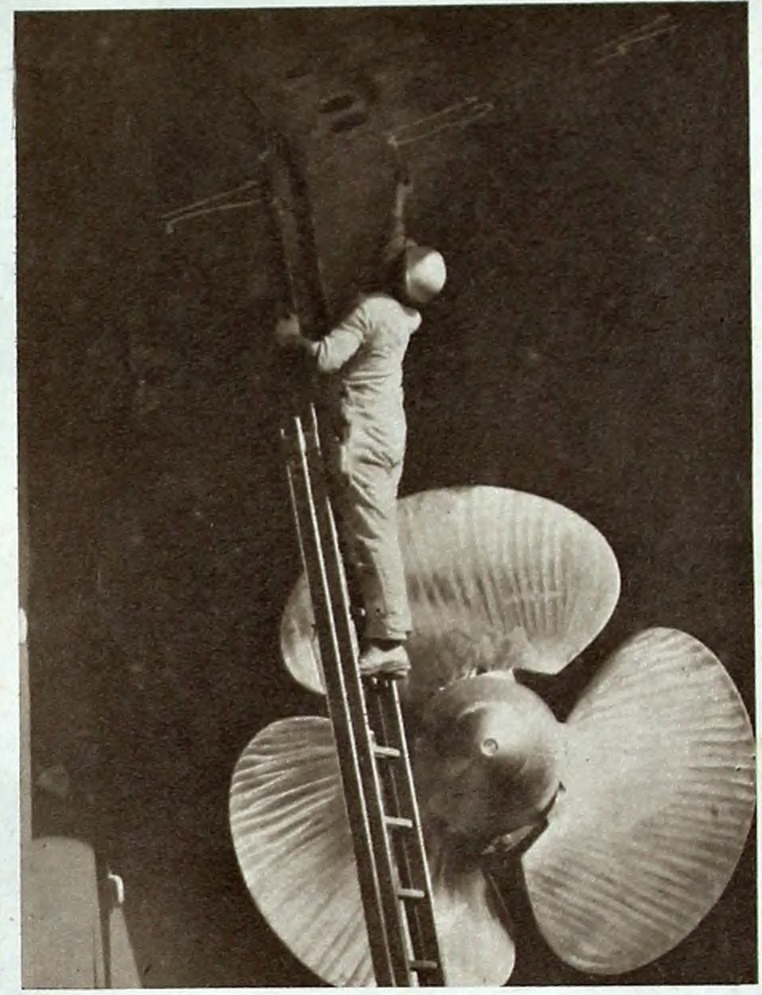


La »Staatsoper« actualmente

Como reclamo de la campaña publicitaria funcionan viejos y raros nombres de calles hamburguesas, que simbolizan en cada caso un aspecto propagandístico: la Maiden Alley (Jungfernstieg) para el Turismo, el Vantage Point (Fernsicht), para el establecimiento de industrias, Ant Hill Street (Ameisenkamp), para el hacendoso puerto

















La ciudad que el Tiempo se Llevó

Macizo edificio erigido en tiempos de la Patria Vieja. Desapareció con la demolición del Barrio Sur.





Una proa sobre la calle Maciel, digno telón dieciochesco para un drama de capa y espada.



Típico edificio de la época española. Fueron sus últimos dueños los esposos Dr. Vicente Ponce de León y Francisca Lacaze Estrázulas. Se levantaba en la calle Ituzaingó entre 25 de Mayo y Cerrito.

Por poco que se hable de Montevideo, el título dice al menos avisado que nos referimos al casco viejo de la Muy Fiel y Reconquistadora. Al conglomerado urbano disperso entre las cincuentaidós manzanas, cuna de pueblo e historia; lengua de tierra y piedra que avanza hacia el mar, cerrando la hermosa bahía. Al tramo que en 1819 albergaba 7116 almas, incluidos 1745 africanos esclavos, habitat y sepulcro, por que la vida activa latente entre calles y techos dormía el último sueño bajo, los pisos de la inconclusa Iglesia Matriz.

Con todos los avatares de guerras, sitios e invasiones, la dinámica edilicia siguió sus alternativas, tanto como la buena o mala fortuna del vecindario. A vuelo de pájaro de una a otra orilla, un paisaje de chatas casas blancas impresionó al ojo avizor, hasta golpear en las escarpas formidables de la Ciudadela. Estas cerraban el recinto, defendido además por el Fuerte de San José y ambos Cubos.

Una Plaza Mayor, numerosos baldíos, y los infaltables huecos, entre éstos el de las Animas, eran pulmones abiertos, por donde a diario trajinaban peatones, mientras en las calles las carreteras dejaron tras ellas la impronta de sus golpes y chirridos. Alguna rara calesa o la sopanda señoril marcarían a veces el paso de un personaje de predicamento, togado o religioso, camino de sus funciones, hasta que las sombras comenzaban a invadirlo todo.

Con el toque de oración, bien se apuró el paso por extramuros para no encontrar cerrados los portones de la Ciudadela, pues de no hacerlo se corría el riesgo de dormir al raso, o buscarse albergue en los rancheríos de la Aguada.

Edificio colonial en la quinta Sur Oeste de las calles Piedras y Misiones. Muestra una típica apertura para comercio del año 70, y los infaltables cartelones en boga a principios de nuestro siglo.



Dos exponentes coloniales en ruinas sobre la calle Piedras entre Treinta y Tres y Misiones. Al fondo el entonces Asilo Maternal.

Entre tanto el recoleto silencio nocturno, y las nieblas cada vez más densas desleían hasta los perfiles de las blancas torres de San Francisco y la Matriz, puntos de mira desde el campo y la mar, ese mar siempre tornadizo, hecho furias a veces en la playa de Santa Ana, contra el Baño de los Padres, o vuelto un espejo sin límites.

Recien con la auras de la patria libre, comenzó su firme renovación edilicia, para caer derribado por la piqueta el muestrario fundacional, hecho en su mayor parte de residencias domésticas. Pero convengamos en que su estilo de fuerte influencia portuguesa, distaría de los convencionalismos pretendidos en nuestro siglo. La primera centuria montevideana legó casas por lo general muy bajas. Sus paredes de vara y media en adelante, ya de piedra o ladrillo asentado en barro, los techos salientes de teja, sus rejas por lo común avanzadas a la vereda, las gruesas puertas dobladizas a cuarterones, le otorgaron de suyo características propias.

Al auge demoledor del año de 1830, sobreviene la finca mediterránea con doble piso muchas veces, gran balconada, dentro casi siempre, de un nuevo estilo. Sin embargo logran salvarse por entonces muestras principales del viejo quehacer edilicio. Permanecen en pie las casas del portugués Manuel Cipriano de Mello, la finca solariega de los Artigas, del extinto arquitecto Toribio, del naturalista Pbro. Pérez Castellano, los Altos de Gómez, de Carreras, la propia casa del Prócer, de Oribe, Lamas y entre tantas otras, las célebres esquinas y proas, destinadas en su mayor parte a caer demolidas en el futuro. Quedan de lado a propósito las grandes construcciones fiscales y religiosas, salvas por su misma condición de valor público, aunque la vieja Ciudadela iniciara la nómina a plazo no predecible de un incierto futuro.

Hasta muy avanzado el siglo, y raras en el nuestro, alcanzarán a sobrevivir numerosas esquinas de trágico renombre. La del Hacha, por un sonado crímen, que hizo época, perpetuado allí con la figura pintada del instrumento. Casi enfrente del viejo embarcadero, la esquina del Tigre, donde el mentado Juancho, sujeto muy popular, dió cuenta de un felino colado de rondón, venido con la creciente que barrió el Plata en los años del 30.

Para más noticias, otro cruce de renombre patriótico fue el del Café de los Catalanes, mentidero de patriotas y realistas en plena revolución. Frente al Cabildo subsistió largo tiempo, otro Café, el del Agua Sucia, heredando mejor nombre el Del Ruso, famoso en la década del 70, por la pintoresca clientela, sin mengua de la concurrencia de la mejor sociedad.

Cada azotea, cada media agua, el portal o la reja contigua, guardaron un pedazo de historia. Se precisa tiempo, memoria y pasión, para revivirlos. Aquí estuvo la sala artesonada de urunday, dónde el general Garzón conoció a su Angelita Furriol. En sus buenos tiempos solía pasar atildado, vestido de cabildante, el rumboso Méndez Caldeira. Años más, y frente a la puerta que hoy conserva Manuel Mujica Láinez, caerá asesinado su bisabuelo el doctor Florencio Varela.

Junto a la Matriz, receta infalibles homeopatías, el sapiente Monseñor Estrázulas. Sobre un muro del despacho promoverá siempre comentarios el discreto cartelillo que reza: "Aquí no se curan enfermedades vergonzosas".

Casi a plaza travieza, reside el general Carlos Lacalle. En plenas carnestolendas fue a visitarlo su colega argentino Lucio Mansilla, ex guerrero del Paraguay y minucioso relator de la campaña contra los salvajes ranqueles. Vestido de rigurosa gala, sus medallas y entorchados por de seguro impresionaron a la vieja criada de color que acudió a su llamado. Con las circunstancias del carnaval encima, lo anunció al patrón con una frase que hizo época: "Viene a saludarlo un máscaro bien puesto..."

Existía por entonces en cruz, la conocida Librería de Ibarra, ligada al desarrollo intelectual y artístico de las naciones platenses. Sustituyó a un encalado perfil colonial, el mismo dónde setenta y cinco años atrás, un día de bochornosa canícula, apenas entrados los invasores portugueses, el rubio y aun apuesto Brigadier General Carlos Federico de Lecor se apeó de su cabalgadura para pedirle agua a una joven de la casa, con la más fina pleitesía cortesana. Entre tanto presentaban armas a su jefe, no pocos soldados que le siguieron junto a Wellington, en las jornadas victoriosas contra Napoleón.

La campana amiga de la Matriz nos recuerda que es media noche. Las luces opalecen los edificios, entre los primeros vahos otoñales. Todo parece retrotraído al caserío antiguo. Algún raro encapotado se pierde como el eco de su pasos. Place velar el sueño del casco viejo, como el del eterno abuelo de todos, sumido en la placidez del tiempo.

Augusto I. SCHULKIN

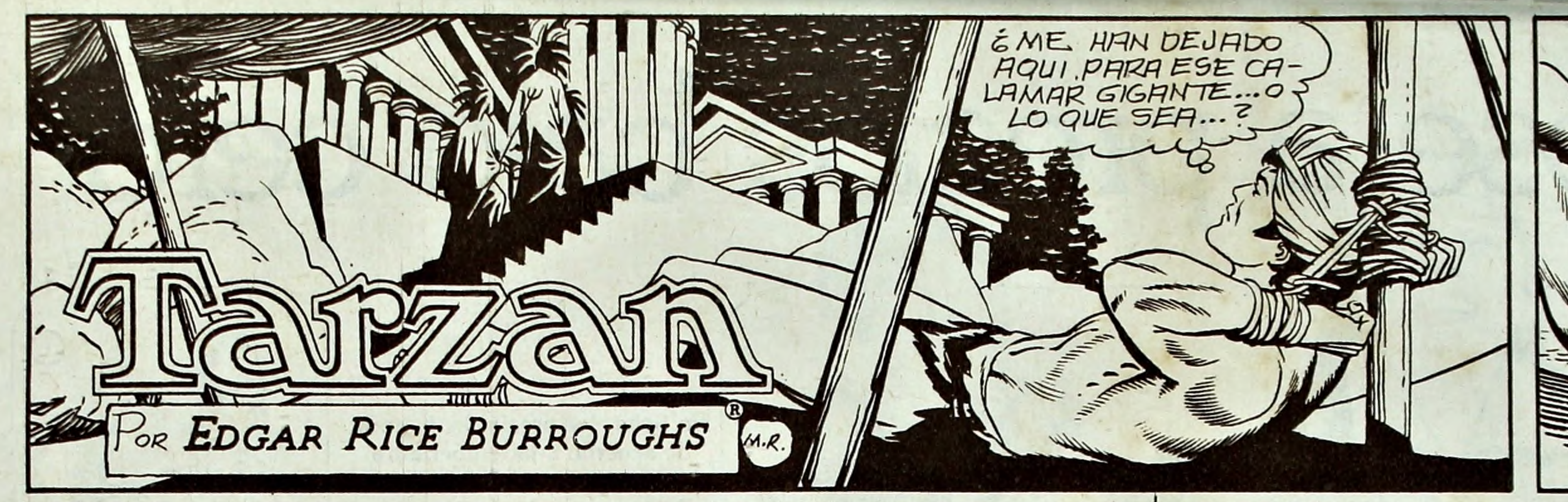
Especial para EL DIA.
Fotografías de la colección del autor.



Bello exponente de los tiempos coloniales. Conjunto noble de impecable traza ya mutilado por la infaltable puerta y avisos comerciales.



Restos de la casa solariega de los Artigas sobre la intersección de Pérez Castellanos y Washington. Sus cimientos datan del año 1745.











©1977 United Feature Syndicate, Inc.









